

EN FAMILIA

María Jesús Magaña Ondartza

¡Calor de nido, paz del hogar! es lo que dice la canción de la zarzuela, así percibí yo a mi familia desde el amor infantil que conserva mi corazón, cuando todos compartíamos esa experiencia amorosa de los padres en la tarea de formar una familia con lo que tiene y conlleva la vida diaria.

Lo primero el amor entre los padres, cuando saben quererse, apoyarse mutuamente y compartir penas, alegrías, diálogos y perdón ¡ah! y mucha paciencia. Con estos ingredientes el hogar se siente vivo.

Luego vienen los hijos, que son un regalo y una responsabilidad grande y un reto difícil como también una satisfacción incomparable.

El hogar se convierte en un espacio privilegiado, yo lo llamo santuario, donde se viven las experiencias más íntimas, más queridas y básicas desde la fe cristiana, que nos inculcan, la educación coherente para vivir con una conciencia moral, responsable, sana y humana con respeto hacia los demás. Ser padres implica fijar límites y establecer normas de conducta esto no pasa de moda, es válido para todos los tiempos. No sólo en el seno de la familia en que se nace, sino en las familias que vamos construyendo con nuestros hijos y a través de ellos sucesivamente. Se hace más humana cuando se vive con amor y respeto con nuestros mayores y grandes dosis de paciencia.

Y a veces la convivencia es muy difícil.

Nosotros, que somos de la postguerra pasamos estrecheces, no teníamos caprichos, nos conformábamos con poco, hoy todo es necesario,

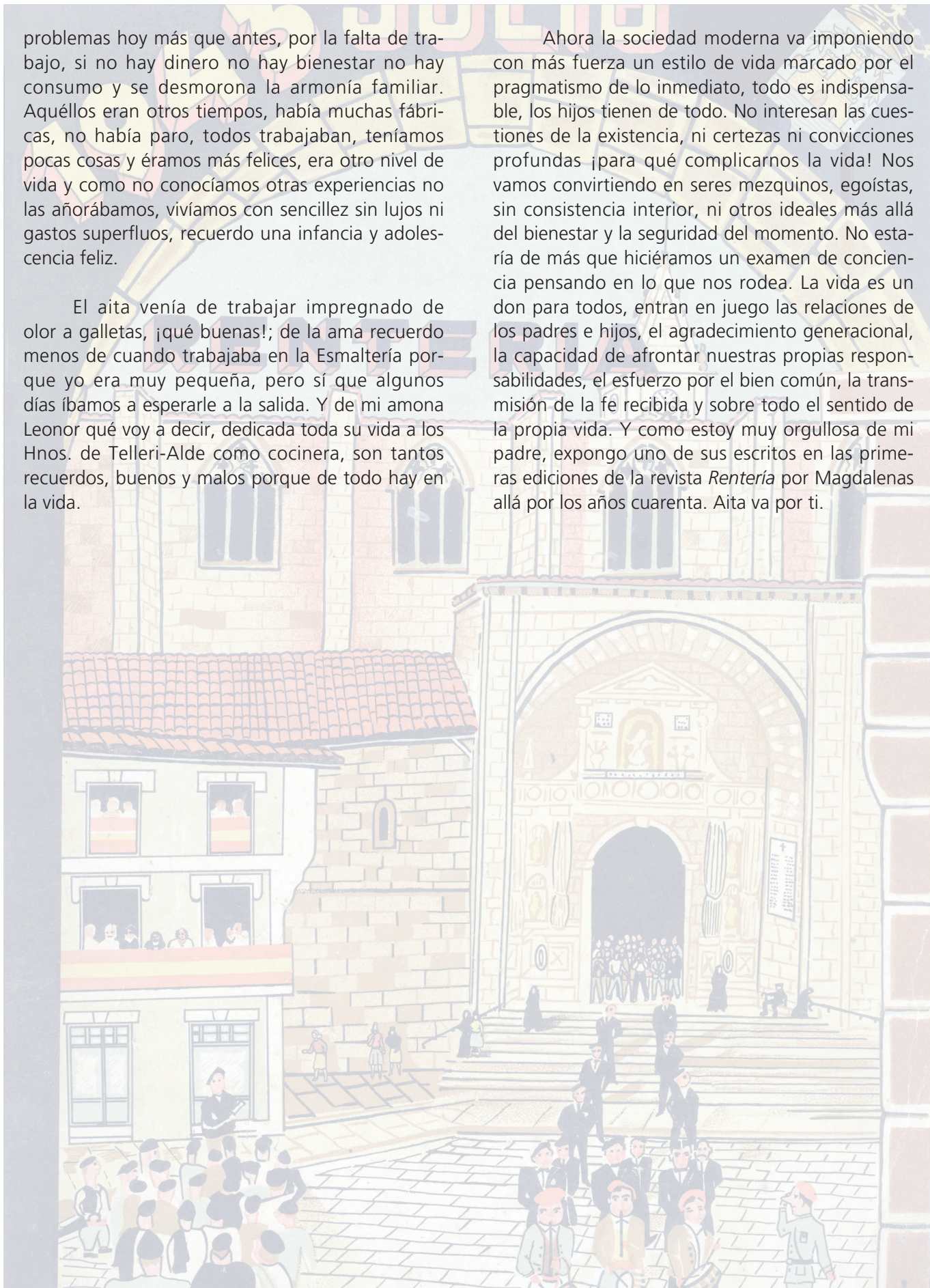
sobre todo para nuestros nietos que han nacido en la era del consumismo y hay que tener de todo, la sociedad se encarga continuamente de la palabra, comprar y comprar, el tener es el valer. Ahora vivimos instalados en un círculo vicioso de relaciones familiares, sociales, políticas o religiosas en las que buscamos intereses que nos puedan aportar algún beneficio, siempre de cara a la galería. Muchas familias viven desbordadas por diferentes



problemas hoy más que antes, por la falta de trabajo, si no hay dinero no hay bienestar no hay consumo y se desmorona la armonía familiar. Aquéllos eran otros tiempos, había muchas fábricas, no había paro, todos trabajaban, teníamos pocas cosas y éramos más felices, era otro nivel de vida y como no conocíamos otras experiencias no las añorábamos, vivíamos con sencillez sin lujos ni gastos superfluos, recuerdo una infancia y adolescencia feliz.

El aita venía de trabajar impregnado de olor a galletas, ¡qué buenas!; de la ama recuerdo menos de cuando trabajaba en la Esmaltería porque yo era muy pequeña, pero sí que algunos días íbamos a esperarle a la salida. Y de mi amona Leonor qué voy a decir, dedicada toda su vida a los Hnos. de Telleri-Alde como cocinera, son tantos recuerdos, buenos y malos porque de todo hay en la vida.

Ahora la sociedad moderna va imponiendo con más fuerza un estilo de vida marcado por el pragmatismo de lo inmediato, todo es indispensable, los hijos tienen de todo. No interesan las cuestiones de la existencia, ni certezas ni convicciones profundas ¡para qué complicarnos la vida! Nos vamos convirtiendo en seres mezquinos, egoístas, sin consistencia interior, ni otros ideales más allá del bienestar y la seguridad del momento. No estaría de más que hiciéramos un examen de conciencia pensando en lo que nos rodea. La vida es un don para todos, entran en juego las relaciones de los padres e hijos, el agradecimiento generacional, la capacidad de afrontar nuestras propias responsabilidades, el esfuerzo por el bien común, la transmisión de la fe recibida y sobre todo el sentido de la propia vida. Y como estoy muy orgullosa de mi padre, expongo uno de sus escritos en las primeras ediciones de la revista *Rentería* por Magdalenas allá por los años cuarenta. Aita va por ti.





“EL CENTENARIO”

—Abuelito, ¿por qué lloras,
si la fiesta hoy va a empezar?
—Lloro de gozo, mi nieta,
de alegría al recordar...
Miquela, nieta querida;
sacáme de este sillón
y agarrándome del brazo
llévame hasta ese balcón.
Así; me pones de lado
para que vea muy bien
la calle de Santa Clara
y la del Medio también.
Desde aquí veré pasar,
como cuentas de rosario,
y a los que tocan oiré
mi querido “Centenario”.
Cuando niño, muy pequeño,
por delante yo saltaba,
y también los cabezudos
mis espaldas golpeaban.
¡Qué viejo es!, dicen muchos,
y no lo retiran ya;
pues sale todos los años
remozado y sin edad...
Orgullosa y altanero
y dueño de sus panales,
es en Rentería heraldo
de sus fiestas patronales.
Con él empiezan las fiestas
y con él también terminan,
y con este “Centenario”
mi vida, también, declina...
Pero...calla: ya parece
Que mis oídos, cansados,
oyen las alegres notas
con bombas y chupinazos.

Ya aparecen por la esquina
de la tienda de Piocho;
van tocando el “Centenario”,
viejo, sí, pero orgulloso.
Le acompañan los gigantes,
cabezudos y alguacil,
y un enjambre de chiquillos.
¡Quién los pudiera seguir!...
Y el “Centenario” tocando
siempre con el mismo son,
pasa como hace cien años
debajo de mi balcón...

* * *

Ya la esquina está doblando
y los dejo ya de oír;
“¡hasta otro año!”, les digo,
si Dios me deja vivir.

* * *

Todo ha quedado en silencio,
y triste mi corazón...
Miquela, mi nieta amada,
retírame del balcón;
que la oración suena ya
del cercano campanario
y quisiera ahora sentarme
a desgranar mi rosario...

* * *

Y en la noche de los tiempos
es un recuerdo de antaño;
y el “Centenario” se duerme
hasta que llegue otro año...

VÍCTOR MAGAÑA MICHEL